

*Fuera del juego
y otros poemas*

Letras Hispánicas

Heberto Padilla

*Fuera del juego
y otros poemas*

Edición de Yannelys Aparicio Molina
y Gustavo Pérez Firmat

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

1.ª edición, 2021

Ilustración de cubierta: detalle de la cubierta original
de *Fuera del juego* (1968)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Herederos de Heberto Padilla, 2021

© De la introducción y notas: Yannelys Aparicio Molina
y Gustavo Pérez Firmat, 2021

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 21.749-2021

ISBN: 978-84-376-4335-9

Printed in Spain

Índice

INTRODUCCIÓN	13
Autorretrato del otro	15
El poeta	39
El traductor	63
ESTA EDICIÓN	69
BIBLIOGRAFÍA	71
FUERA DEL JUEGO (1968)	77
1. FUERA DEL JUEGO	79
En tiempos difíciles	81
El discurso del método	83
Oración para el fin de siglo	85
Los poetas cubanos ya no sueñan	87
Cada vez que regreso de algún viaje	88
El hombre al margen	89
Para aconsejar a una dama	90
Siempre he vivido en Cuba	92
Dicen los viejos bardos	93
Sobre los héroes	94
Mis amigos no deberían exigirme	96
Cayo Piedras	98
Poética	100

Ese hombre	101
A J. L.	102
Homenaje a Huidobro	103
Antonia Eiriz	104
El acto	105
Paisajes	106
La vuelta	107
Los que se alejan siempre son los niños	108
Hábitos	109
En lugar del amor	110
Una muchacha se está muriendo entre mis brazos	111
El único poema	112
La visitante	113
Escrito en América	114
Años después	115
Fuera del juego	117
2. LA SOMBRILLA NUCLEAR	121
La sombrilla nuclear	123
Los alquimistas	130
Cantan los nuevos Césares	131
También los humillados	132
Estado de sitio	133
Una época para hablar	134
Escena	136
3. EL ABEDUL DE HIERRO	137
Yo vi caer un búho	139
Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad	140
Acechanzas	141
El abedul de hierro	142
Bajorrelieve para los condenados	144
4. CANCIONES	145
Canción del joven tambor	147
Canción de la torre Spáskaya	149

Canto de las nodrizas	150
Canción de un lado a otro	152
Para Macha, que cantaba baladas	154
Los enamorados del bosque Izmailovo	155
Los hombres nuevos	158
La teoría y la práctica	159
El hombre que devora los periódicos de nuestros días	160
Arte y oficio	161
La hora	162
Para escribir en el álbum de un tirano	166
Los viejos poetas, los viejos maestros	167
La muerte de los osos de invierno	169
No fue un poeta del porvenir	170
Vámonos, cuervo	172
OTROS POEMAS	173
DE EL JUSTO TIEMPO HUMANO (1962)	175
Dones (I)	177
Exilios	179
Mírala tenderse	180
Puerta de Golpe	182
Hamburgo	183
Llegada del otoño	185
Londres	186
Renata	188
Andaba yo por Grecia	190
Infancia de William Blake	191
Pancarta para 1960	199
Playa Girón	200
Ahora que estás de vuelta	202
El justo tiempo humano	203
DE PROVOCACIONES (1973)	205
Fábula	207
Una pregunta a la escuela de Frankfurt	209

Homenaje	210
Cielos que cambian	212
Pausa	213
A veces me zambullo	214
Postcard to USA	215
A veces	216
DE EL HOMBRE JUNTO AL MAR (1981)	217
Lo mejor es cantar desde ahora	219
Autorretrato del otro	221
La promesa	223
Entre marzo y abril está mi mes más cruel	224
El hombre junto al mar	228
El que regresa a las regiones claras	229
La vida contigo	231
A Belkis, cuando pinta	232
Amándonos	234
Un puente, una casa de piedra	235
El hallazgo	237
Que siempre exista tu cabeza	238
Un restaurante al aire libre en el otoño de Budapest	239
Última primavera en Moscú	241
Por la borda	242
Don Gustavo	244
En los poemas	245
Luis Cernuda	246
El monólogo de Quevedo	248
El regalo	249
DE A FOUNTAIN, A HOUSE OF STONE (1991)	251
Recuerdo de Wallace Stevens en la Florida	253
Entre el gato y la casa	255
Allan Marquand espera a su compañero de tenis en el campo sur	257
Para que te liberes de un viejo pensamiento	258
Noche de invierno	259

Palmer Square	260
El cementerio de Princeton	262
DE POESÍA ROMÁNTICA INGLESA (1979)	263
El tigre	265
Una rosa roja, roja	267
Ella va en su belleza	268
El tejón	269
Elegía escrita en un cementerio de campo	271
A un ruiseñor	276
Primer encuentro con el Homero de Chapman	280
La belle dame sans merci	281
El bandolero	283
La segadora solitaria	286

Introducción

Cuando Heberto Padilla muere, el 25 de septiembre de 2000, a los sesenta y ocho años, ocupaba un modesto puesto de «instructor» en la Universidad de Auburn, Alabama. Para entonces ya se le conocía sobre todo por el escándalo internacional provocado por su arresto y encarcelamiento en Cuba casi treinta años antes. Hoy, a dos décadas de su muerte, la situación no ha cambiado. Cuando se le recuerda, es por su desafortunado protagonismo político. A Padilla le ha sucedido lo peor que le puede suceder a un poeta: convertirse en un caso. Su fama póstuma depende de sus enfrentamientos con la dictadura castrista y no de lo que debería depender: sus poemas. Sobre el «caso Padilla» mucho se ha escrito; sobre la poesía de Padilla, muy poco. Sin escatimar la importancia que tuvo el «caso», cuyos capítulos detallaremos, al reconstruir la trayectoria vital y literaria del autor de *El justo tiempo humano*, quisiéramos insistir en que, antes que un caso, Padilla fue un poeta, y antes que un poeta, un hombre que padeció prisión, censura, ostracismo y exilio. Y que también, impulsivo y locuaz, contribuyó a su suerte. Pero lo realmente significativo, con todo, es que ese hombre nos dejó algunos de los poemas más hermosos e hirientes que se escribieron en Cuba en el último siglo.

AUTORRETRATO DEL OTRO

Heberto Padilla nació en Puerta de Golpe, un pequeño pueblo en la provincia de Pinar del Río, Cuba, el 20 de enero de 1932, en la finca La Reforma. Su familia carecía

de medios económicos adecuados, por lo que sus padres buscaron acomodo en varias ciudades durante su infancia. Además de Puerta de Golpe, vivió en Consolación del Sur, Artemisa y Pinar del Río. Más adelante, en uno de los poemas de *El justo tiempo humano*, hablaría de las «casas desesperadas mías de mi niñez» (Padilla, 1962, 23). Desde muy joven le interesó el periodismo. Entre 1944 y 1946 dirigió, en Artemisa, donde estudiaba la secundaria, dos revistas literarias de ámbito escolar: *Paladín Colegial* y, durante el bachillerato, *Repórter*, una publicación más ambiciosa, pues albergaba también discusiones políticas (Verdecia, 1992, 29). La precoz actividad literaria tuvo como fruto su primer libro de poemas, *Las rosas audaces* (1948).

Una vez radicado en La Habana, cursó la carrera de Periodismo en la Universidad de La Habana. Desde muy joven se destacó por su poliglotismo. Hablaba francés, inglés e italiano. Más adelante adquirió conocimientos de alemán, ruso y griego. En La Habana comenzó a frecuentar la casa de Enrique Labrador Ruiz, con visitas que en algunas épocas fueron casi diarias. Aquel lugar, con una biblioteca magnífica y una colección envidiable de arte nacional, era frecuentado por numerosos escritores como Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante, Fayad Jamís, José Álvarez Baragaño, Lino Novás Calvo y Carlos Montenegro (Verdecia, 1992, 30).

Tras colaborar en Radio Progreso escribiendo libretos (entre ellos los guiones para una serie titulada, con ironía anticipatoria, «Héroes de la Justicia») y elaborar varios programas de televisión, decidió vivir un tiempo alejado de Cuba. En México, país que visitaba con frecuencia desde los diecisiete años, pasó una temporada entre 1953 y 1954. Pero gran parte del tiempo durante la década de los cincuenta residió en los Estados Unidos, desempeñando diversas ocupaciones (agente de aduanas, locutor de radio, traductor). Vivió en Miami (donde conoció a Juan Ramón Jiménez) y en Washington, D. C., pero sobre todo en Nueva York, donde trabajó como profesor de español en Berlitz,

una conocida escuela de idiomas, y trabó amistad con Saint-John Perse y Archibald MacLeish, a quien le dedicaría uno de los poemas de *Fuera del juego*.

Al triunfar la insurrección contra la dictadura de Fulgencio Batista, Padilla consigue un puesto como corresponsal en Nueva York de Prensa Latina, la agencia de prensa fundada por el gobierno revolucionario en 1959. Varios meses después regresa a Cuba, donde se incorpora a la redacción del periódico *Revolución*, el órgano del Movimiento 26 de Julio. Junto con otros jóvenes escritores, empieza a colaborar en el suplemento cultural de *Revolución*, *Lunes de Revolución*, dirigido por Guillermo Cabrera Infante. Sus primeras colaboraciones muestran su compromiso con el nuevo modelo social y cultural, así como el jacobinismo literario de ese momento. Baste citar como ejemplo el artículo «La poesía en su lugar», una de sus primeras colaboraciones en *Lunes de Revolución*, donde ataca a los poetas reunidos en torno a la revista *Orígenes* (1944-1956) por «cantos bobalicones» que demuestran una «ceguera total ante el hecho poético» (Padilla, 1959, 5). Reserva sus comentarios más ácidos para José Lezama Lima, constatando su defunción como escritor («Lezama terminó ya») y profetizando que «su nombre quedará en nuestras antologías ilustrando las torpezas de una etapa de transición que acabamos de cancelar en 1959» (Padilla, 1959, 5-6). Es difícil exagerar la arbitrariedad y violencia de la diatriba contra Lezama, un hombre que no estaba en posición de defenderse, diatriba que no omite referencias denigrantes a la homosexualidad del autor de *Paradiso*. Varios años después, en *Fuera del juego*, Padilla habría de dirigirle un poema a Lezama para «advertirle», sin la más mínima ironía, que «la refriega» contra él había comenzado. Parece haber olvidado que él fue uno de los instigadores¹.

¹ El ataque contra la generación de *Orígenes* se inicia en el número inaugural de la revista. Titulado «Un cubano en la poesía» (parodiando el título del libro de 1958 de Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*), la reseña

El último número de *Lunes de Revolución*, dedicado a Pablo Picasso, salió el 6 de noviembre de 1961. Cuando se cierra el magazín —se dijo que por escasez de papel— el grupo de colaboradores empieza a dispersarse. Cabrera Infante va a Bélgica como agregado cultural; Pablo Armando Fernández, el subdirector, hace lo mismo en la embajada de Londres. En 1962, pocos meses después de la publicación de *El justo tiempo humano*, Padilla se traslada a Moscú como corresponsal de *Revolución*, y además colabora en la revista soviética *Novedades de Moscú*. En la Unión Soviética se interesa por la literatura de la Europa Oriental y conoce a grandes figuras de la literatura y el arte rusos como Yevgueni Yevtushenko e Ilyá Ehreburg. No obstante, según Padilla, la estancia en Moscú fue angustiada, pues allí se fortaleció su creciente desencanto con la Revolución al comprobar que las medidas que se estaban tomando en Cuba estaban calçadas del modelo soviético (Verdecia, 1992, 41). Fue entonces cuando empezó a escribir los primeros poemas de *Fuera del juego*.

En 1964 regresa a Cuba y es nombrado director gerente de Cubartimpex, una empresa dedicada al comercio internacional de libros y otros productos culturales. Posteriormente representó al Ministerio de Comercio Extranjero en Praga, lo cual le brindó otra oportunidad de viajar ampliamente por países socialistas y escandinavos. A su regreso a Cuba en 1966, con la mayor parte de *Fuera del juego* en la maleta, ya se había forjado una visión crítica del régimen castrista. Como explicó años después, «Al llegar a Cuba, pues, pude ver cómo habían evolucionado las cosas... Car-

de Enrique Berros le reprocha a Vitier que, siguiendo a Lezama, considere que la poesía constituye «un reino independiente» (Berros, 1959, 2). En «La poesía en su lugar», Padilla añade que Vitier es «el hombre que más ha contribuido a confundir la poesía cubana de los últimos tiempos» (Padilla, 1959, 5). A pesar de la hostilidad de algunos colaboradores de *Lunes*, tanto Vitier como Lezama (este con mucha más frecuencia que aquel) publicaron poemas y otros textos en la revista.

los Franqui ya no era director de *Revolución*, de *Lunes* no quedaba ni sombra, y todo el país era un centro estúpido gobernado por la Seguridad del Estado. Casi el cincuenta por ciento de los escritores eran más policías que escritores. Todo el mundo tenía miedo» (Verdecia, 1992, 61). Ese mismo año se separó de su esposa, Bertha Hernández, con quien había tenido tres hijos, y estableció una relación sentimental con la poeta y pintora Belkis Cuza Malé, quien sería su segunda esposa y la madre de su hijo Ernesto.

* * *

El caso Padilla se refiere concretamente a eventos que transcurrieron en la primavera de 1971, pero sus orígenes se remontan a la década anterior. A fines de 1967 *El Caimán Barbudo*, una revista recién fundada como suplemento del periódico *Juventud Rebelde*, organiza una encuesta sobre la novela de Lisandro Otero, *Pasión de Urbino* (1966), que había tenido un rotundo éxito editorial. A diferencia de los demás encuestados (Oscar Hurtado y Luis Rogelio Noguerras), Padilla no solo desdeña la novela de Otero («pastiche de Carpentier y Durrell... un salto a la banalidad»), sino que destaca los méritos de *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante («una de las novelas más brillantes, más ingeniosas y profundamente cubanas que hayan sido escritas alguna vez») (Padilla, 1967, 12). En ese momento, aunque Cabrera Infante todavía no se había pronunciado públicamente contra el gobierno castrista, había abandonado su cargo diplomático y residía en Londres en un exilio, si tácito, no menos evidente. Lo más grave, sin embargo, es que Padilla también arremete contra los «burócratas» del Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Unión de Escritores y Artistas (UNEAC), «un cascarón de figurones» (Padilla, 1967, 12).

Ante tales imputaciones, la redacción de *El Caimán Barbudo* no podía mantener silencio. En el mismo número apa-

rece una aclaración —mucho más larga que la nota de Padilla— discrepando de sus juicios literarios, insinuando que había malversado fondos de Cubartimpex y cuestionando su compromiso con la Revolución. Padilla no había vivido y luchado lo suficiente en Cuba para poseer «verdadero espíritu revolucionario» ([Díaz], 1967, 13). Como colofón, se citan versos del propio Padilla en los que el poeta se insta a despertar, por el amor al pueblo, ya que el «justo tiempo humano» estaba a punto de nacer ([Díaz], 1967, 14).

Padilla no se demora en responder al «alegato» de *El Caimán Barbudo*, cuyo autor seguramente fue Jesús Díaz, el director de la revista que, junto con los demás redactores, acababa de ser reemplazado. De ahí el título de la contrarréplica: «Respuesta a la redacción saliente». En ella echa en cara a la redacción que, en lugar de discutir con él el texto de la encuesta antes de publicarlo, lo publicaran para descalificarlo. Esos procedimientos son propios, continúa Padilla, de quienes piensan que dentro de la Revolución no puede haber disenso. A la respuesta de Padilla responde la «redacción saliente» en un artículo titulado «El yogi y el comisario». Según Jesús Díaz y los demás redactores que esta vez sí suscriben el escrito, la propuesta de Padilla se reduce a una oposición entre el «yogi» (el artista) y el comisario (el burócrata)². La dicotomía ignora una tercera opción: luchar «correctamente» tanto contra el «rebelde sin causa» (como Cabrera Infante) como contra el burócrata (Díaz, 1968, 4). La polémica se cierra, por el momento, con una extensa nota de Lisandro Otero, quien opina que el debate suscitado por su novela no es literario sino político, ya que Padilla muestra «una incomprensión y un distanciamiento del proceso histórico que ha vivido el pueblo cubano a partir de 1959». Si Cabrera Infante está física-

² Los motes provienen de un célebre ensayo de Arthur Koestler, «The Yogi and the Commissar» (1945).

mente «del otro lado del Atlántico» (el título de la nota), Padilla lo está «espiritualmente» (Otero, 1968, 8).

Poco después un nuevo actor entra en escena: el elusivo Leopoldo Ávila, probablemente el seudónimo de Luis Pavón Tamayo, director de *Verde Olivo*, la revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias³. En las páginas de *Verde Olivo* Ávila, bajo el título de «Las provocaciones de Padilla», retoma la crítica que ya se le había hecho en *El Caimán Barbudo*: con sus frecuentes y prolongadas estadias en Europa y los países socialistas, Padilla ha llevado una «vidita realmente suave, desconectada de la realidad revolucionaria» (Ávila, 1968, 17). De hecho, Padilla representa «el resentimiento contrarrevolucionario personificado» (Ávila, 1968, 17). *Fuera del juego* todavía no se había publicado, pero la amenaza con que Ávila concluía demuestra que lo había leído. Aunque Padilla «se crea fuera del juego, las reglas del juego de la Revolución están dadas y, sin necesidad de ponerle detrás esos fantásticos ‘policías’ de que habla en casi todos sus poemas para consumo externo, nuestro pueblo sabe ya en qué concepto tener sus actitudes» (Ávila, 1968, 18)⁴.

En septiembre de 1968 Padilla presenta el poemario (o más bien lo infiltra, ya que el manuscrito llegó a las manos del jurado sin conocimiento de la directiva de la UNEAC) a

³ También se ha sugerido que detrás del seudónimo se esconde el crítico marxista José Antonio Portuondo, e incluso que los cinco artículos firmados por Leopoldo Ávila (también arengó contra Cabrera Infante y Antón Arrufat) representan una colaboración entre Pavón y Portuondo.

⁴ En la polémica terció asimismo Guillermo Cabrera Infante. Entrevistado en agosto de 1968 por Tomás Eloy Martínez sobre escritores latinoamericanos exiliados, observaba que un exiliado interior como Padilla solo tenía tres opciones: «el oportunismo y la demagogia en forma de actos de contrición política, la cárcel o el exilio verdadero» (Martínez, 1968, 49). Padilla respondió unos meses más adelante, en diciembre de ese año, o sea, después de la publicación de *Fuera del juego*, negando que su situación fuera la de un exiliado interior, pues trabajaba diariamente en «tareas revolucionarias,» y no se identificaba con ninguna de las tres opciones que Cabrera enumeraba (Padilla, 1968c, 88).

un concurso anual auspiciado por la UNEAC. El jurado, compuesto por José Z. Tallet, José Lezama Lima, J. M. Cohen, César Calvo y Manuel Díaz Martínez, le otorga por unanimidad el Premio de Poesía «Julián del Casal». Conscientes de los ataques que el poemario y su autor ya habían suscitado, en su dictamen los miembros del jurado se esfuerzan por justificar el carácter revolucionario del libro: «*Fuera del juego* se sitúa del lado de la Revolución, se compromete con la Revolución, y adopta la actitud que es esencial al poeta y al revolucionario: la del inconforme, la del que aspira a más porque su deseo lo lanza más allá de la realidad vigente» (Padilla, 1968a, 19-20). Antes de ser anunciada, la decisión del jurado desató un intenso debate interno. Según Manuel Díaz Martínez, Raúl Castro había difundido la idea de que si el premio era concedido al poeta pinareño podría haber «graves problemas» (Díaz Martínez, 1997, 158). El propio Díaz Martínez fue sancionado por el Partido Comunista, al que pertenecía, supuestamente por haberse manifestado públicamente contra la invasión de Checoslovaquia unos meses antes. Desde la UNEAC, Nicolás Guillén, su presidente, presionó a Lezama y a los demás jurados, para no premiar el libro, pero sin lograr que el jurado revocara su decisión.

Finalmente se decidió publicar *Fuera del juego* pero añadiendo un prólogo, «Declaración de la UNEAC», donde se repudia el poemario, así como *Los siete contra Tebas* de Antón Arrufat, premiado en la categoría de teatro, por ser «ideológicamente contrarios a nuestra Revolución» (Padilla, 1968a, 5). De Padilla se afirmaba que prescindía de «todo juicio de valor sobre los objetivos finales de la Revolución» y exaltaba el «individualismo frente a las demandas colectivas del pueblo en desarrollo histórico» (Padilla, 1968a, 8). Las bases del premio contemplaban para los ganadores un viaje a Moscú, mil pesos en metálico y publicación de la obra ganadora. Los libros se publicaron, aunque con poca difusión, pero Arrufat y Padilla se quedaron sin visa para viajar y no recibieron el dinero estipulado.

A partir de ese momento, Padilla se vio marginado, pero no del todo. Trabajaba en la Universidad de La Habana, fungió como jurado del Premio David en 1969 y publicó poemas nuevos en la revista *Unión*⁵. Desafortunadamente, otra oportunidad de intervenir en la vida literaria desembocó en su arresto y encarcelamiento. En los meses finales de 1970 Nicolás Guillén organizó una serie de recitales de poesía en la UNEAC. El último fue el de Padilla, en enero de 1971. Asistió mucho público joven y se llenó no solo la sala donde se recitaba sino también los pasillos y corredores aledaños e incluso las zonas del jardín cercanas a las ventanas de la habitación principal. Hubo representación diplomática: el evento contó con la presencia de Jorge Edwards, que acababa de llegar a La Habana como encargado de negocios del gobierno de Salvador Allende, del primer secretario de la embajada de China y de la agregada cultural del Reino Unido. Padilla leyó poemas de *Fuera del juego* y de una obra en marcha, *Provocaciones*, que parecía insistir en la actitud desafiante de 1968, respondiendo además al título del artículo de Leopoldo Ávila.

Cuando los amigos del círculo de Padilla se reunieron después del acto en el hotel Habana Riviera, donde Edwards estaba alojado, nada hacía presagiar la tormenta que llegaría poco más tarde. Comenta Edwards que después de la

⁵ «En la muerte de Ho-Chi-Minh», «La compañera de viaje», «Conjetura sobre G» (Padilla, 1969, 136-138). Los dos últimos poemas fueron recogidos en *Provocaciones* (1973); el primero se incluyó en el cuaderno *Por el momento* (1970), pero no aparece en libros posteriores. En el último verso de este, Padilla se dirige al dirigente vietnamita: «Embelliciste nuestro tiempo, / lo pusiste a brillar en los escombros / del siglo. / Hiciste las cosas necesarias / y dijiste las palabras precisas. / Fuiste un héroe; es decir, un montón de hombres». Cuando publica este poema, Padilla había comenzado a escribir su novela, *En mi jardín pastan los héroes*, que expresa su escepticismo hacia el heroísmo, escepticismo que ha justificado en otras ocasiones (Padilla, 1989, 163; Anhalt, 1991, 182; Verdecia, 1992, 90). El título de la novela es un verso de Roque Dalton.

invitación oficial, anunciada a bombo y platillo, de la más que cálida y continua ovación de un público entregado, del apoyo de varios miembros de algunas representaciones internacionales y de la posterior recepción diplomática, Padilla podría estar finalmente provisto de un «escudo sólido» (Edwards, 2015, 284). Además, también en ese mes, el día 25, el poeta había contraído matrimonio con Belkis Cuza Malé. Según Edwards, en la fiesta posterior a la boda, en casa de Miguel Barnet, a la que asistieron Edwards y algunos amigos bien avenidos con el buró político, todo eran celebraciones esperanzadoras y cantos henchidos de euforia (Edwards, 2015, 281). Los días siguientes fueron igualmente memorables, pues Padilla solicitó trasladarse a un hotel donde tuviera tranquilidad para terminar la novela que traía entre manos. Primero consiguió una habitación en el Hotel Nacional, pero poco después lo trasladaron al Habana Riviera, justo debajo de las dependencias del chileno, quien le insistía en que no debería quejarse de su situación, porque lo estaban tratando, desde las altas esferas, «a cuerpo de rey» (Edwards, 2015, 283). La actitud del poeta resultaba desconcertante: por un lado abrigaba la sensación de que volvía a estar blindado por altas instancias del régimen e incluso por Fidel Castro; por otro, el presentimiento de que algo terrible podría ocurrir era constante, a juzgar por la ansiedad que le causaba sentirse continuamente espionado y la necesidad de salvaguardar sus escritos inéditos.

Ya en el mes de febrero, Padilla y Cuza Malé hablaron con Jorge Edwards en un lugar apartado para comunicarle sus sospechas. Creían que la cómoda habitación que les habían puesto tenía micrófonos, lo mismo que las dos habitaciones del propio Edwards, la de la oficina y la residencial. A partir de ese momento, Padilla entró en una espiral de desconfianza y nerviosismo, sobre todo por el temor a que la Seguridad de Estado le confiscara el manuscrito de su novela, *En mi jardín pastan los héroes*. Según Edwards, «andaba por todas partes con el volumen debajo del brazo,

como si adivinara o supiera que proyectaban quitárselo» (Edwards, 2015, 301) y alternaba momentos de «superexcitación mental» con otros de «depresión aguda» (Edwards, 2015, 411-412)⁶.

Un mes después, el 20 de marzo, a las siete de la mañana, oficiales de la Seguridad de Estado arrestaron a Padilla y a su esposa⁷. Cuza Malé fue puesta en libertad tres días después, pero Padilla permaneció en prisión más de un mes. Dos días después de las detenciones Edwards fue expulsado de Cuba por estrechar lazos con los escritores de la isla que más problemas generaban en el contexto de la política cultural del país. Según Padilla, esos dos sucesos estuvieron estrechamente relacionados, pues se trataba de hacer aparecer al chileno como agente de la CIA y considerar que el caso relacionado con el poeta pinareño era la punta del iceberg sobre una situación en la que muchos otros escritores estaban involucrados (Verdecia, 1992, 72).

La reacción fuera de la isla fue inmediata. Julio Cortázar, al enterarse de la detención de Padilla, llamó a Juan Goyti-

⁶ La aprensión de Padilla es evidente en la entrevista que le concedió a Cristián Huneeus en febrero. Allí defiende *Fuera del juego* afirmando, por una parte, que es una continuación y profundización de temas que ya había abordado en *El justo tiempo humano*, y por otra, que el poeta está obligado a reflejar las incertidumbres y contradicciones de una sociedad socialista en una etapa de desarrollo (Huneeus, 1971, s/p).

⁷ En la entrevista con Verdecia, Padilla afirma que hubo un segundo recital con el propósito de grabar la lectura para ser enviada a Chile, pues se iba a hacer allí una exposición cultural sobre Cuba con videos, audiciones y fotografías. Padilla acudió y leyó poemas de su recital de enero. Entonces añade: «Como a las dos de la madrugada siguiente a la tarde en que yo hice mi grabación, llamaron a los técnicos de nuevo para una recepción privada del recital. Y, efectivamente, a las dos y media de la mañana se apareció Fidel Castro en la universidad para escuchar aquellos poemas míos. Me contaron que oía cada poema, y lo volvía a oír detalladamente. Oyó todo aquello y salió de allí sin hacer un solo comentario» (Verdecia, 1992, 67). Si esto ocurrió tal como Padilla lo cuenta, es curioso que no lo mencione en *La mala memoria*.